P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**ERNESTO PSICHARI
UN FAMOSO CONVERTIDO**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

Ernesto Psichari.
En el ejército.
Informe de su Superior.
En el Congo.
Oficial de artillería.
En Mauritania.
Caído en el pecado.
Los moros.
Católico sin fe.
En acción.
La conversión.
Vida de fe.
Deseos del sacerdocio.
Su familia.
La guerra.
Su muerte.

CONCLUSIÓN

ERNESTO PSICHARI (1883-1914)

Nació en París. Su padre Juan y su madre Noemí lo educaron sin Dios. Su abuelo, Ernesto Renán (1823-1892), había sido un escritor, filósofo e historiador francés, que se hizo famoso por defender la primacía de la razón, ya que no creía ni en la divinidad de Jesucristo, ni en los milagros ni en cosas sobrenaturales. Psichari no iba nunca a una iglesia. Conoció la primera iglesia por dentro, siendo ya adulto. Para consolar a su abuela, su padre aceptó que se bautizara en el rito ortodoxo, que era válido también para la Iglesia católica. Comienza sus estudios universitarios y sufre un colapso nervioso, que lo aleja de todo durante un año. Para algunos fue ocasionado por una decepción amorosa, ya que se había enamorado de Jeanne Maritain, la hermana mayor de su amigo Jacques Maritain. Pero esto no parece convincente para muchos autores, que consideran que ese derrumbe fue debido a la contradicción moral y espiritual que lo atormentaba ya en ese tiempo. Él sabe que algo anda mal pero no sabe a qué se debe. En su libro autobiográfico *El viaje del centurión*, dice el protagonista Majencio, que es él mismo: *Había sido educado lejos de la Iglesia y no podía conocer el remedio para mi enfermedad*. Mientras está en ese estado de tristeza, lee todo lo que se le presenta, quiere saber, quiere encontrar la verdad, quiere saber si Dios existe o no. En 1900 ingresa a la universidad de La Sorbona de París para estudiar filosofía y asiste junto con Jacques Maritain a los cursos del gran filósofo Bergson. En 1902 obtiene el título de licenciado en filosofía. Durante esos años de estudios, un cambio visible se había operado en él. Nos dice en *El viaje del centurión: A los 20 años erraba sin convicciones por los jardines envenenados del vicio, pero perseguido por pesados remordimientos, turbado por la malicia de la mentira, cargando con la irrisión espantosa de una vida encadenada al desorden de los sentidos y de las ideas*.

Mi padre se había engañado: Yo tenía un alma. He nacido para creer, para amar, para esperar. Tenía un alma hecha a imagen de Dios, capaz de discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal: No podía aceptar que la verdad y la pureza fuesen palabras vanas, privadas de todo sentido. Tenía un alma, un alma que no estaba hecha para la duda, ni para blasfemia, ni para la cólera ¹. Con sus 20 años estaba interiormente insatisfecho de la vida. Amaba a una joven, siete años mayor que él, pero ella no había querido ver en él más que un niño, el compañero agradable, el amigo, tornándose hacia otros horizontes para forjar su vida sin advertir que lo dejaba vacilante en el borde del abismo de la desesperación ². En dos ocasiones había intentado el suicidio ante un futuro triste y oscuro. Y él nos dice: Una noche me fui a dormir a un pequeño hotel. Me alojé allí durante ocho días, diciendo llamarme Franz Gerard, violinista de

¹ Psichari Ernest, *Il viaggio del centurione*, Iduna Ed, 2022, p.15.

² Massis Henri, *Ernesto Psichari*, Ediciones y publicaciones Españolas, 1944, p. 23.

profesión. Debí ocupar ese tiempo en largas caminatas, buscando trabajo las más de las veces con el estómago vacío, pues no había salido de casa más que con uno o dos luis. Luego fui a alojarme en un cuartucho espantoso, casi inhabitable por cuatro francos a la semana y allí me quedé cuatro o cinco días, buscando trabajo inútilmente, pero los apremios del hambre me obligaron a salir de París ³.

Entonces se le abrió una esperanza: abandonar su familia y todo su futuro como filósofo o escritor, entrando al ejército como simple soldado.

EN EL EJÉRCITO

A mediados de 1903 se une al regimiento 51 de infantería en Beauvais como simple soldado de segunda clase. Pasa un año en ese lugar de Francia. Después de ese año, pide un destino a las colonias francesas de África y es transferido al primer regimiento colonial. Sus familiares creen que es un capricho temporal, pero no lo era. Lo envían en misión al Congo. Había cumplido 22 años y estaba ansioso de aventuras.

En septiembre de 1906 llega al Congo a las órdenes del comandante Lenfant. Anhela recorrer el país en busca de aventuras. El silencio de las grandes extensiones de África lo pacífica y alienta, en búsqueda de un sentido a la vida más allá de los vicios de su tierra francesa. Él no teme al silencio y sabe que Dios es amigo del silencio. Disfruta en sus misiones al interior del país y en el contacto con los nativos hasta llegar a decir: ¿No son acaso estos los días más hermosos de mi vida? Después de haber recorrido 130.000 kilómetros cuadrados de territorio, efectuando reconocimientos y mediciones, la misión Lenfant regresó del Congo el 17 de enero de 1908. Lenfant lo elevó al rango de suboficial.

INFORME DE SU SUPERIOR

En el cumplimiento de las delicadas tareas encomendadas a este joven suboficial, el más joven de la misión, se han revelado abiertamente su juicio, su aptitud militar y sus viriles disposiciones, Después de haber colaborado en la operación destinada a reabastecer la columna de Nana, formó parte del destacamento del Boubandjidda desde Bouala hasta Lere. Su energía moral, su firmeza, su espíritu de justicia y bondad para con los indígenas, han asegurado el éxito de esta columna que atravesaba las poblaciones más hostiles. Encargado

³ Massis, pp. 24-25.

de la actuación de la columna en Penndé, la dirigió solo, desde Lai hasta Dokoula, revelando iniciativa, energía, inteligencia y cuidado. El suboficial Psichari ha mostrado poseer gran sangre fría a su paso por las tribus reacias. Siempre activo y pronto a correr al peligro, su valor no ha sufrido merma ni una sola vez, en el curso del viaje de la pesada columna, difícil de defender y constantemente expuesta.

De vuelta en la Saizgha, habiendo recorrido un camino de 3.200 kilómetros, llevó a cabo dos reconocimientos más en país yanghéré, de donde volvió trayendo juiciosos estudios y documentos que rendirán un estimable servicio a la ciencia. Psichari ha demostrado poseer gran iniciativa, habiendo sido particularmente activo. Ha dado a la Patria trabajo, inteligencia, sus óptimas cualidades de militar y su gran valor personal.

Cábeme, por tanto, el honor de proponer a este suboficial para la obtención de la medalla militar. Firmado: LENFANT⁴.

EN EL CONGO

Escribió sobre sus correrías: Jamás en mayor grado que durante las horas de marcha bajo el sol de los trópicos he experimentado tanta alegría al repetirme esta frase tan simple y bienhechora: *Soy soldado francés*. Cada objeto que se presentaba a mi vista me la sugería, pareciendo aprobar lo que afirmaba. ¿Cómo maravillarse de que esta claridad aparecida de improviso me interesase más que los paisajes de la ruta y los encuentros del viaje? ⁵.

Pero él como soldado anhelaba el combate y anota: Habían instalado sus tiendas bajo un árbol en la llanura. Los negros cortaron el agua, alineándose ante ellos, a 60 metros de distancia, en dos filas. La primera de rodillas, la segunda de pie. Todos arrojaban las azagayas y flechas con destreza. No los atemorizaba el ruido de la pólvora, porque no sabían lo que eran una bala ni un fusil ⁶.

Durante su estadía en el Congo se comunicaba con su amigo Jacques Maritain, que ya convertido al catolicismo, en una carta le decía a Psichari: Espero que volverás a nosotros desde esas soledades, creyendo en Dios. Y él respondió: No veo por qué la soledad ha de conducir a la fe. No pienso que el África pueda convertir al cristianismo... Todo lo que puedo decirte por el momento es que no me atrae la hermosísima mansión espiritual donde me

⁴ Massis Henri, pp. 44-45.

⁵ Ib. p. 50.

⁶ Ib. pp. 66-67.

quieres hacer entrar. Tu pensamiento es de una esencia tan preciosa que ejerce sobre mí una verdadera fascinación. No podría expresarte el embelesamiento y la refrescante dicha que se apodera de mí, leyendo tus escritos y escuchándote. No obstante, es una impresión física. Me siento atraído hacia tu residencia, pero no entro en ella ⁷.

OFICIAL DE ARTILLERIA

Regresó a Francia y estuvo formándose para oficial en la escuela de artillería de Versailles, donde terminó sus estudios con el título de teniente en 1909. Y deseó con toda el alma regresar a su amada África. Anota: Para muchos franceses un viaje a las colonias equivale al suicidio. No soy de los que parten, porque nada les retiene en Francia. Tengo aquí una familia que adoro, amigos cuya amistad me es querida, vida fácil y feliz, y nada, nada en absoluto me falta para mi contento. Y una fatalidad no obstante me impulsa a la partida. Salgo de mi patria con el corazón destrozado por el abandono de los que amo, pero es preciso que parta. No sé qué demonio vive dentro de mí, pues cuando estoy en el mismo lugar durante algún tiempo, me aburro ⁸.

Como oficial de artillería desea irse a Mauritania y dice: Si estoy en la artillería colonial solo para vegetar en Francia o en Hanoi y Saigón o en la Martinica, no vale la pena. Sería mejor presentar enseguida mi renuncia y emplearme de oficinista en un ministerio cualquiera. Es preciso que se sepa lo que uno quiere hacer y es mi deber partir ⁹.

EN MAURITANIA

Fue enviado, como él pidió, a Mauritania a la región de Adrar, en pleno Sahara y escribió el 2 de abril de 1910: Nada, ni una choza ni un abrigo y días y días de marcha sin ver a un hombre. Ni un signo de civilización, ni un arroyo ¹⁰. Se hizo confeccionar ropa a estilo moruno, un par de sandalias de cuero vacuno, un turbante y por todo bagaje llevaba consigo dos chilabas (vestido musulmán) y una estera para dormir. También llevaba un libro nuevo, regalo de Maritain: *La dolorosa Pasión de N. S. Jesucristo*, de Ana Catalina Emmerick.

Uno de los más significativos episodios de su acercamiento a la fe en aquellos días en el desierto es la recepción de una postal enviada por Maritain.

⁷ Ib. pp. 72-73.

⁸ Ib. pp. 87-88.

⁹ Ib. p. 89.

¹⁰ Ib. p. 95.

Es una sencilla tarjeta con la imagen de la Dolorosa de La Salette, con un breve mensaje de su amigo: *Hemos rezado por ti en la cima de la santa montaña. Siento como si esta Virgen tan bella llorase por ti y te ama. ¿No la escucharás?*

Él deja sobre la arena la estampa de la Dolorosa, que vuela al viento. No obstante, más tarde Ernest reconocerá al amigo la importancia de aquél envío y su propio papel como intermediario para la recepción de la gracia.

Los meses pasados en Mauritania tendrán, en adelante, un lugar privilegiado en su memoria, de donde no se borrarán: “Las largas horas en el campo amodorrado, viendo a los tiradores senegaleses que duermen su pesado sueño; a los camellos que rumian agrupados en un rincón del cuadro; el silencio del desierto; el centinela que se destaca sobre el claro cielo; los diversos aspectos de la duna; arenas movedizas brillantes de luminosidad; el convoy que efectúa un sinuoso recorrido a la luz del sol poniente; los jinetes; los tiradores; los camellos cargados de cajas, y, por fin, los guerrilleros a lomo de camello”. Y ¡cuántas imágenes más guardará, extraídas del macizo de Tagant, que domina la planicie de Moudjeria, agrietado, pedregoso, verdadero paisaje geológico sobre el que se desploma la luz abrumadora de un sol constante en su ardor!

A algunos kilómetros de Moudjeria instaló el campo de guerrilleros, que será llamado en lo sucesivo el campo Psichari. Sobre una pequeña extensión de arena, rodeado de rocas y guijarros, hizo armar cinco tiendas moras de tela negra entretejida con pelo de camello. En el centro se alza su choza. No muy lejos hállase un cercado de ramas, alojamiento nocturno de las cabras. Diseminadas aquí y allí, hay marmitas sobre el fuego, en las que se cocina el arroz y el mijo. Todo el campo Psichari está rodeado de una fuerte zeriba, cerco construido con ramas espinosas, destinado a la defensa del lugar. En derredor, todo el paisaje se asemeja a una fotografía lunar, región muerta, en donde hasta la misma tierra lo parece, juntamente con los animales y vegetales ¹¹.

CAÍDO EN EL PECADO

Un día se presentó un grupo de mujeres ante el regimiento donde está Psichari, él las alejó, pero le pidió a la más joven que se quedara con él. Dice: Era casi una niña y esperaba resignada lo que dijera el jefe. Con movimiento gracioso se bajó su velo azul del rostro. Él la vio inmóvil y tuvo piedad. Por un momento pensó en despedirla, pero no lo hizo y la retuvo tres días. Por tres días fue esclavo de aquella esclava. Había retrasado la partida y ese retraso podía

¹¹ Ib. pp. 96-97.

tener malas consecuencias para sus hombres, pero eso no era nada comparado con la tristeza que sentía de haberse abandonado al demonio. El hombre orgulloso corrió hacia los suyos que lo esperaban. Cuando reingresó a la tienda, pensó en su amigo Pedro y en la imagen de la Virgen María llorando que había recibido hacía tiempo. Ella se le presentó (¿en realidad? ¿o solo con intensidad en su propia mente?). Lo cierto es que sintió la presencia real de María (de La Salette) y quedó con un dolor muy grande en el corazón, un dolor que no conocía anteriormente. Su corazón conocía un sufrimiento nuevo, un sufrimiento misterioso, indecible, en el cual se mezclaba el cielo y la tierra en un único suspiro. Lloró mucho. Aquel día su mirada no podía alejarse de la Señora, que lloraba por los pecados de los hombres. Toda la miseria de su vida se había unido en él aquel día. Era una fiebre de verdad, la impotencia del pensamiento delante del placer, su indigna debilidad y todo el desorden de un corazón que dócil solo consigo mismo quedaba impotente ante el mal. Pensó en la pureza y se sintió semejante a los mediocres, que no pueden concebir un pensamiento fuerte y que tienen el corazón como esa multitud inmensa de impuros y malvados. Solo que él reconocía su pecado y pedía misericordia y gritaba: *Oh, Dios del cielo, si verdaderamente existes, mirad la miseria en que está mi conciencia. Considerad el inmenso deseo que tengo de una regla que me preserve del pecado. Mi corazón, Señor, quiere paz*¹².

Sobre los moros de Mauritania dice: Son astutos generalmente en lo que a política se refiere, hábiles en la discusión y que llegan en materia religiosa al más ardiente misticismo. Son al mismo tiempo miserables, viven de la guerra y de la rapiña, son soberbios y sagaces. Juventud de corazón y vejez de espíritu. He ahí su característica general¹³. El es un oficial, jefe de una sección camellera en medio del Sahara.

A principios de enero de 1912 escribe a Charles Peguy: Nos aprestamos a marchar hacia la famosa zona de Hodh cuya ocupación o por lo menos exploración ha sido proyectada desde hace mucho tiempo. Serán horizontes nuevos para mí y aun en este momento, en el comienzo de mi viaje hacia aquellas lejanas regiones, siento esa embriaguez de lo desconocido, de lo que está detrás de la última línea del horizonte. Hodh es el último refugio de los disidentes de Mauritania, No es como Adrar en 1909, un centro de resistencia religiosa, y cabe temer que no tengamos a menudo la oportunidad de combatir. Esto desilusiona un poco a un joven teniente como yo que solo sueña en refriegas y sangre. Pero nuestros enemigos utilizan una táctica consistente en fugas larguísimas hacia las profundidades del desierto. Así por lo menos nos quedará la esperanza de efectuar correrías interesantes que quizá nos dejen gratos recuerdos.

¹² *Il viaggio del centurione*, pp. 81-82.

¹³ *Ib.* p. 101.

Vivimos pobremente y nuestro bagaje está reducido al mínimo. Pero somos ricos en buen humor y bríos. Si se nos soltase un poco la rienda, llegaríamos de seguro al Tchad ¹⁴. El 21 de febrero de 1912 hay combate con los moros rebeldes y mata a uno con su sable.

CATÓLICO SIN FE

Él se consideraba un católico sin fe, pero deseaba que Jesucristo fuese realmente el Verbo encarnado, que la Iglesia fuese realmente toda certidumbre, la guardiana infalible de la verdad, y que María fuese realmente la reina del cielo, pero no lo creía. Por eso le contesta a su amigo Maritain: He pensado con tristeza al leer esas bellas palabras (que me escribes). Parece que en estos tiempos la verdad es demasiado fuerte para las almas. Me preguntaba si tú me juzgarías mal por mi impiedad. Creo, sin embargo, que detesto a quienes tú detestas, que amo a los que tú amas, y que no difiero de ti más que en cuanto a que a mí no me ha tocado la gracia. ¡La gracia! He ahí el misterio de los misterios. Me dirás que no caiga en el error jansenista de que el hombre es libre y que puede por sus obras, si no forzar, por lo menos provocar la gracia, pero no. Siento que en mi situación no hay otra cosa que hacer que esperar. Los discípulos de Emaús no creyeron después de la enseñanza de Cristo, sino que lo conocieron en la fracción del pan, es decir, en la Eucaristía ¹⁵.

EN ACCIÓN

A principios de enero de 1912, Psichari se había unido al coronel Patey, que acababa de tomar el mando de las fuerzas de reconocimiento de Tichitt, y avanzaba a toda marcha, según se lo permitía la celeridad de sus tropas, compuestas sólo por mehalistas (jinetes de dromedarios) y una compañía de tiradores de infantería. El día 10, una fracción de un cuerpo, mandada por el capitán Beugnot, su antiguo jefe, parte a la vanguardia y, después de una marcha forzada hasta Tichitt, cae el 14 por la mañana sobre una guarida de disidentes, de los cuales mueren siete, entre ellos varios jefes temibles. Tómase prisionero al anciano emir de Adrar, Sidi Ahmed Aida, herido. Ocúpase el “ksar” de Tichitt, y el estandarte verde que los moros enarbolaron como emblema del Profeta es reemplazado por la bandera francesa. Gran éxito y potente efecto moral sobre los ocupantes de la fortaleza.

¹⁴ Ib. pp. 107-108.

¹⁵ Ib. pp. 129-130.

*El 14, Psichari llega a Tichitt con el pelotón mehalista del Tagant, y al día siguiente, el coronel Patey le confiere el mando de una fracción de veinte hombres, con la misión de alzar las tiendas en las dunas de Aouker, al sur de Tichitt. Psichari se aleja en el mar de arena, y el 19 levanta las tiendas mencionadas en su orden; es una operación pacífica, pero interesante, por ponerle en contacto con los Chorfas, morabitos fanáticos*¹⁶.

LA CONVERSIÓN

Tuvo que regresar a Francia y el 8 de diciembre de 1912 se embarcó en Dakar. Quería lavarse en Francia de todas sus miserias de su vida pasada. Sobre su conversión nos dice Raissa Maritain, la esposa de Jacques en su Diario:

Domingo 26 de enero de 1913. Ernesto y Jacques van juntos a la misa mayor; vuelven ambos muy emocionados. Ernesto díjole a Jacques que en la iglesia se sentía como en su casa. Jacques, efectivamente, ha admirado su soltura y su piedad. Ha dicho: “La confesión es cosa un poco difícil, y, sobre todo..., el firme propósito”. Reza mucho ya y principalmente a la Virgen. Es evidente que la fe de su bautismo despierta y obra. Espontáneamente se decidió a ir todos los domingos a la Misa Mayor. El padre Clerissac debe llegar de aquí a ocho días.

3 de febrero.—Jacques llega con Ernesto a las once. El padre Clerissac, al mediodía. Advertimos que se agradan mutuamente y convienen uno al otro. Almuerzo pleno de emoción. Después el Padre sale con Ernesto al parque. Su ausencia dura dos horas, durante las cuales no hemos dejado de orar. Todo está ya a punto de decidirse. Por fin vuelven; el Padre nos expone el programa que han resuelto cumplir y que nos infunde gran alegría: mañana, confesión; luego será confirmado, lo antes que se pueda, y el domingo comulgará; después, peregrinación en acción de gracias a Chartres. Ernesto ha conquistado totalmente al Padre, que no encontró en él resistencia alguna: “un alma sin doblez, llena de fe”.

4 de febrero.—El Padre y Ernesto llegan a las cuatro. Nuestra pequeña capilla está profusamente engalanada; la alumbran los dos bellos cirios que han sido bendecidos el domingo.

Arrodillado ante la imagen de Nuestra Señora de la Salette, con voz fuerte —aunque muy emocionada—, Psichari lee la profesión de fe de Pío IV y la de Pío X. El Padre está de pie como un testigo ante Dios. Jacques y yo escuchamos

¹⁶ Ib. pp. 112-113.

de rodillas, temblando de emoción. Después de esa lectura nos vamos afuera y comienza a confesarse. Mientras, no dejamos de rezar.

Por fin, alguien nos llama. Encontramos a Psichari transformado, resplandeciente de alegría. Es una hora de beatitud para todos. “Veis —nos dice el Padre— un hombre dado enteramente a Dios”. “Y que es feliz” —contestamos—. “¡Oh! Sí, soy feliz” —gime Ernesto—. Nótase ya entre el Padre y Ernesto una amistad tierna y profunda, en la que Ernesto descansa con júbilo. Cuando se ha ido Ernesto, el Padre nos manifiesta su admiración por la bondad de Dios, su alegría por la reparación que se ha cumplido y su amor por esa alma que no ha resistido a Dios, y que es sencilla y leal.

5 de febrero.—El Padre y Ernesto asisten a la bendición de las cenizas en la Misa de pontifical. Ven a Monseñor Gibier y fijan el sábado 8 de febrero como fecha de confirmación. Ernesto tiene un aspecto conmovedor, feliz, absolutamente penetrado por el pensamiento divino.

6 de febrero.—Vemos a Ernesto con el Padre. Ernesto piensa ya que se ha de decir que está sugestionado por alguien, cosa que le parece bastante vil. “He creído siempre —exclama— que si llegase a la fe, sería por una acción sobrenatural; y ¿cómo podría una influencia cualquiera hacernos creer los dogmas católicos y procurar esta iluminación?”.

Ernesto debe tomar el nombre de Pablo en su confirmación, reparando así los ultrajes hechos a San Pablo por Renán.

7 de febrero.—El Padre ha visto a Ernesto en París. Le ha maravillado su rectitud y el completo abandono de su alma en la fe. No deja de decir, y nosotros con él: “¡Cuán bueno es Dios y cuán bello es todo esto!”.

El sábado 8 de febrero de 1913, Ernesto Psichari fue confirmado por Monseñor Gibier en la capilla del pequeño seminario de Grandchamp. Con voz temblorosa de contenido ardor, recitó el Credo en latín.

Después de su confirmación, el obispo de Versailles preguntóle su edad. “Veintinueve años; ¡mucho tiempo perdido!”, respondió Psichari. E inclinándose filialmente ante la bendición! del prelado, le dijo, para darle a entender del drama en que Dios y él habían sido actores: “Monseñor, me parece que tengo otra alma”. Al día siguiente tomó la primera comunión en la capilla de las Hermanas de la Santa Infancia. Aquí abrimos la agenda en la que el mismo Psichari ha escrito los recuerdos de estos acontecimientos admirables:

Domingo 9 de febrero.—He tomado hoy mi primera comunión, lo que fue admirablemente sencillo y bello. En la pequeña capilla de un viejo convento de Versailles, el Padre Clerissac dijo una misa, ayudando Jacques. Luego estuvimos en Chartres, donde almorzamos. Por la tarde visitamos la catedral, escuchando vísperas. La jornada fue magnífica, plena de sol y de claridad, ciertamente intencional.

10 de febrero.—Es la segunda vez que recibo la santa comunión. El Padre me ha aconsejado que la reciba lo más a menudo que pueda, y su consejo me ha alegrado mucho.

Si se pidieren pruebas, sería la más segura de todas esta sensación casi física de Dios en nosotros y los efectos milagrosos que produce la santa hostia.

11 de febrero.—Quiera Dios ayudarme en todas las pruebas que preveo. ¡Oh Dios mío!, Tú has sido tan bueno conmigo, Tú me has traído desde tan lejos, Tú me has hecho subir desde lo que es tan bajo, que tengo en Ti entera esperanza! Me abandono a Ti y a tu santa Iglesia y me pongo con ternura en tus manos¹⁷.

Cuando ya se convirtió decía: Entonces no creía en cosa alguna. Vivía como un pagano y, sin embargo, sentía en mí la irresistible invasión de la gracia. Estaba bien seguro de que algún día habría de ser católico y solo experimentaba una impaciencia exenta de nerviosidad por el júbilo que presentía. Algunas veces maldije los desórdenes de mi vida pasada, pero en un vago presentimiento me decía yo mismo: Eso también será curado, seré fortificado, una mano se tenderá hacia mí algún día. Y mi corazón latía con inusitada violencia cada vez que pensaba en lo que pudiera ser ese ansiado día¹⁸. Y a su amigo Maritain le escribió: Creo que después de haber estado en tanto desamparo y privado de tantos sacramentos, es preciso no asustarse de que sea tan dura la cuesta que deba subir. Te ruego querido Jacques que no me dejes solo y no te enfades por cualquier triste opinión que de mí tengas. Solo tú puedes sostenerme y guiarme. Ten en cuenta mi inmensa buena voluntad¹⁹. Maritain le contestó que su conversión estaba en buenas manos, porque desde hacía tres años, en el convento benedictino de Oosterhout, en Holanda, rezaban todos los días por él.

Y él decía: La gente entra en una iglesia y se hace la señal de la cruz y se van hacia el altar, porque han visto en la sombra la pequeña lámpara del sagrario que no se apaga. Oh misterio, no estamos solos. El Amado Jesús está allí. No está

¹⁷ Ib. pp. 168-173.

¹⁸ Ib. p. 131.

¹⁹ Ib. p. 143.

en imagen o en símbolos, sino con su cuerpo, con su carne. El Maestro está allí presente de verdad. Allí en la hostia viviente, es el mismo que resucitó al tercer día, que subió al cielo, donde está sentado a la derecha del Padre. Es el Dios viviente, el Dios de la liberación, del amor, el Dios de la vida ²⁰.

VIDA DE FE

Desde su conversión no había semana durante la cual Psichari no fuera al convento de benedictinas. Dice: Cada instante que he pasado en su capilla ha estado tan lleno de amor que por sí solo hubiese sido capaz de darme fuerza en toda mi existencia terrestre. El Sábado Santo la bendición del fuego nuevo y del cirio pascual han sido una ceremonia inolvidable. Sorprende ver cómo los benedictinos son los únicos que conservan hoy día el sentido de la liturgia católica. Qué horas he vivido en esta capilla, tan tiernamente recogida. Me estremeceré de amor al pensar en ella después cuando esté perdido en algún rincón lejano ²¹... Mi único deseo sobre la tierra es el de tener la fe, esperanza y la caridad de los santos. Mi único deseo es el de morir por el nombre adorado de Nuestro Señor, si quiere que seamos sus mártires. Mi único deseo y mi único pensamiento es el paraíso ²².

7 de julio de 1913. —Mala jornada; la primera desde el comienzo de mi vida cristiana. El enemigo aparece, y realmente, siento hasta el dolor, la terrible realidad, la realidad materialmente verdadera del demonio. Ten piedad de mí, Dios mío. Haz que no te ofenda...

9 de julio. —Cobardía. Abandono. Descorazonamiento. Esa bella tensión de la vida del cristiano, que se repite a toda horas. Los deseos rondan, su círculo se estrecha, siéntese uno tomado de la garganta; se tropieza con todas las redes del mundo; nos sentimos como un nadador que está a punto de ahogarse. Se conocen en esos momentos todas las terribles potencias que nos acechan, y que, sin embargo, sólo el nombre de Jesús puede poner en fuga.

¡Oh Dios mío, tal vez estas pruebas se me envíen para mostrarme cuán miserable soy y cuán desguarnecido estoy sin la mediación de Tu Hijo! ²³.

Psichari tuvo especial aptitud para la plegaria. Decía a diario el oficio de la Virgen hasta el último versículo; no había línea que pasara de largo, sin meditarla durante largo rato; y compuso una serie de prosas para el rosario.

²⁰ Ib. p. 155.

²¹ Ib. pp. 214-215.

²² Ib. p. 217.

²³ Ib. pp. 226-227.

Comenzó esas deprecaciones entre lágrimas, doliéndose de sus faltas pasadas y sintiendo en sí su ruina y su miseria, lucha y rebelión. Y de cada una de ellas extraía este pensamiento: “¿Qué podré yo hacer por la Iglesia, que me ha acogido en mi más extremo decaimiento? Jesús y María, os suplico que arrojéis luz sobre mí y que me deis fuerza para vivir al pie de la cruz”.

Y la oración terminaba en alegría, en el deseo llameante que ponía en su alma, la esperanza eterna.

Psichari se volvió a Cristo de improviso; de él esperaba la verdad y la felicidad. ¿Cómo hubiera podido yo permanecer insensible ante la plenitud de la vida sobrenatural que surgía en él? Comulgaba todas las mañanas, tendiendo hacia la Cruz todas las potencias interiores:

“Es un descubrimiento adorable —escribió el Padre Clerissac— el que hago en este instante; es un reconocimiento dulce y cruel, y no hay pasaje del oficio en que no vierta lágrimas ante el Maestro que he venido crucificando durante tanto tiempo, a quien la misma Francia crucifica de continuo. He podido acercarme todas las mañanas a la santa mesa, y lo he hecho con unción, confiando en la misericordia de Nuestro Señor, en cuanto al perdón, de las debilidades que me hacen tan indigno de recibir su Cuerpo. Creo que es en el mayor abatimiento cuando se debe desear con el más grande amor la Eucaristía; y es entonces cuando me vuelvo con la mayor confianza hacia el Maestro a quien pertenezco de ahora en adelante”²⁴.

He vuelto a encontrar en Cherbourg —escribe el 29 de junio de 1913 al Padre Clerissac— el medio sano y reconfortante que había abandonado hace más de tres años; he vuelto a ver con alegría a mis camaradas. Siguen una ruta recta, bien delineada. Están bien lejos de los compromisos de la época. Y es gran infelicidad que se encuentren tan lejos de la vida de la gracia. Muchos de ellos, la mayor parte, estarían próximos a merecerla, si sólo tuviesen algunos impulsos de buena voluntad. ¡Que nuestro divino Maestro se digne alumbrarlos! ¡Que me dé la fuerza de mostrar el buen ejemplo, de hacer un poco de bien a estos bravos!

Por su trabajo no podía comulgar todos los días y dice: Comienzo esta dura vida de hombre, que será la mía en lo sucesivo. Por la mañana, a las seis, a esa hora que no debería ser sino para Dios, pues es tan dulce y pacífica, debo montar a caballo. A menudo monto a solas en mi clase de «bisoños», porque estoy probando los caballos de la remonta para procurarme uno de batalla. Aspiro entonces, con fruición, el aire primaveral, esas bocanadas de Paraíso en

²⁴ Ib. pp. 180-181.

las que sentimos tan bien la divina Presencia y que me consuelan del abandono de mi querida Iglesia. ¡Oh Jesús, mi Dios, mi Todo! ¡Tengo hambre y sed de Ti! ¡Te deseo con todo mi corazón! ¡Te llamo en mi soledad! ¡Te tiendo los brazos en mi abandono! ¡Ven, Dios mío!”.

Indescribible impaciencia sufría hasta que llegaba el domingo; ese domingo que, como escribe al Padre Clerissac, “nos permite ir a devorar al buen Dios”, comparándose a un hombre que, a cambio de ello, sería capaz de ayunar seis días de la semana. Y el día de esa comunión semanal aparece pujante todo el ímpetu de su ser:

¡Oh Jesús! Seis días para pedir Maná Celeste; seis días esperando Tu carne adorable. Seis días de hambre... Y sin embargo, no debo lamentarme. Porque Jesús está allí y tiene piedad de mí. Viene a visitarme en mi cuarto y me dice: “Coraje, mi pequeño, que me complaces cumpliendo humildemente tu deber humano. Ten confianza, pues yo te ayudaré cuando estés en demasiada soledad”.

El mismo Psichari nos hace la descripción de esa soledad, en la que trabaja y ora, ofreciendo a Dios, por lo menos, todo su corazón, sus acciones y sus pensamientos. Es un pequeño piso bajo, compuesto de dos habitaciones y una cocina, cuya fachada da a una calle retirada: la calle Amiral d’Aboville. Al fondo hay un “jardincillo cercado, silencioso, con una palmera en el centro para traer, sin duda, a su memoria el recuerdo de su querida Mauritania”. Mi casita —escribe— es deliciosa y sencilla. En el dormitorio, de paredes desnudas, no hay más que una cama de hierro, una silla de paja, una pequeña mesa y dos estereras. En el escritorio... hállanse una mesa de madera blanca, una papelera, la fotografía del abuelito, y el antiguo tintero que me regaló Geneviève Favre; a un lado, una pequeña mesa donde se amontonan papeles; otra mesa plegadiza con la fotografía de Jacques (Maritain) y mi pequeña biblioteca, presidida por una pequeña escultura de la Virgen. Sobre la chimenea está mi crucifijo de marfil, la fotografía de mamá y la de monseñor Gibier. En la pared, la “Adoración de los Magos” y la “Santa Úrsula”, de Memling; un paisaje de Ary y un retrato del abuelito; mi fotografía entre mis guerrilleros (moros), la imagen de santo Tomás de Aquino, las fotos del reverendo padre Clerissac, de monseñor Jalabert y una antigua pila de agua bendita. Entre mis libros están Las “Meditaciones” y las “Elevaciones de Bossuet”, las “Confesiones” de San Agustín, las obras de San Juan de la Cruz, de Santa Catalina de Siena, las Revelaciones de santa Matilde y la vida espiritual y la oración ²⁵.

²⁵ Ib. pp. 220-223.

El 7 de julio de 1913 siente tranquilidad y anota: ¡Qué bello es no tener más que una idea: ir por el mundo rezando el rosario! ¡Qué dulzura y qué fuerza posee la presencia de Dios, que se mezcla en todos nuestros actos! ¡Qué paz poseemos cuando la vida está tejida con oraciones entremezcladas con los hilos de la pobre tela humana en que nos movemos! ¡Oh Jesús, prometo no hacer nada sin ofrecértelo, sin que tu nombre esté presente ante mí y no terminar nada sin que murmuren mis labios vuestra alabanza ²⁶.

DESEOS DEL SACERDOCIO

El 11 de abril de 1913 escribe: Me siento llamado por el bienaventurado padre Domingo de Guzmán, a cuyo servicio ardo en deseos de consagrar mi existencia en la medida de mi fragilidad. Sé de cuánto debo despojarme, lo que aún queda en mí del hombre viejo. Sé todos los progresos que aún debo realizar y estoy por lo tanto decidido a esperar durante todo el tiempo que me mandéis en estudio y en esfuerzo interior el día en el que sea digno de poseer la única felicidad que queda ya en el mundo a mi deseo. Desde ahora no tengo oraciones más que por la Orden gloriosa a la que todo lo debo, ya que Dios ha querido fuese el instrumento de mi salud y es tan grande mi alegría que tengo que estar unido en lo sucesivo a Vos que basta para deleitarme en la espera ²⁷.

El 19 de octubre de 1913 en el convento de Rijckholt en Holanda toma el hábito de la tercera Orden de Santo Domingo. La ceremonia se ha realizado en la capilla del convento en presencia de todos los hermanos. El padre Clerissac pronunció una breve alocución y me colocó el cingulo que debo llevar como signo de mi unión con la Orden ²⁸.

Desde que regresó de África le encomendaron el mando de un pelotón de instrucción de los aspirantes a cabos de caballería, tres horas de clase diarias en cursos que necesitaban a veces una larga preparación. Además debía montar todas las mañanas sus dos caballos, el de armas y el de adiestramiento.

Desde su conversión sentía crecer en su interior el deseo de reparación de sus pecados pasados y pensaba que el sacerdocio sería para él el gran medio de satisfacer su afán reparador. Quería celebrar misa, esa misa antaño abandonada. El 3 de marzo de 1914 Psichari visitó al Superior del gran Seminario de Issy y anota: Vi con gran emoción los lugares donde rezó mi infortunado abuelo. Pero ¿qué decirnos de la atmósfera general de la casa? Mi pensamiento era impulsado

²⁶ Ib. p. 231.

²⁷ Ib. pp. 234-235.

²⁸ Ib. p. 236.

invenciblemente hacia Rijckholt y al comparar los jóvenes que me rodeaban con nuestros hermanos de allí, tan serios, tan graves, tan profundamente unidos a la caridad, sentí crecer mi apego a la Orden y me parecía que mi corazón se había fijado en ella para siempre ²⁹. La idea de Psichari era de graduarse en teología en Roma, en el colegio Angélico, en calidad de auditor libre y luego entrar en la Orden. Quería ser sacerdote y reparar por sus pecados y por los de su abuelo.

Psichari le escribió el 9 de febrero de 1914 a su amigo Maritain: Es cierto que hace justamente un año estábamos de rodillas en una pequeña capilla de Versailles y vosotros me asistíais mientras yo entraba en esta luz incomparable de la vida eucarística y me ponía bajo el yugo de Jesucristo durante tanto tiempo deseado. Lo que tú has hecho por mí en esta época, las oraciones por las cuales han aplacado al buen Dios, tus persuasivas palabras, el ejemplo más persuasivo aún de la nobleza de tu vida, tan purificada por la gracia, tu afecto fraternal, que me sostuvo constantemente en el camino real de la verdad, todo ello no puede pesarse con la pobreza de las medidas humanas y será menester que tengas la recompensa por todo en otro lugar que no está sobre la tierra ³⁰.

Al padre Clerissac, que fue su confesor y orientador espiritual, le dijo una vez convertido: *Creo que le daré a Dios todo lo que me pida* y el padre Clerissac le dijo: *Es necesario ser santo. Quiero que usted sea un santo* ³¹.

SU FAMILIA

Mientras él descubre al Padre celestial, se distancia cada vez más de su padre terreno, Juan Psichari tiene un temperamento violento y cada vez más despótico, lo que genera frecuentes encontronazos con Ernest que no le admite ya los egoísmos malsanos a los que lo ha acostumbrado.

Pero todo se desbarranca cuando Juan, a principios de 1912, atezado por la lujuria, se atreve a llevar al hogar familiar a una joven amante. Como es lógico, Noemí, a pesar de que sigue amando a su esposo, no tolera la cohabitación escandalosa y los Psichari se divorcian. Mientras abandona a su esposa, y ante el escándalo social generado, Juan Psichari escribe una suerte de descargo en un mamotreto titulado *Le crime du poete*.

Ernesto siente desgarrársele el corazón ante esta situación. No se acongoja como un burgués farisaico preocupado por el escándalo, sino por la mella

²⁹ Ib. p. 245.

³⁰ Ib. p. 174.

³¹ Ib. p. 178.

espiritual en su familia, por la dureza de corazón de su padre, cada vez más ofuscado en su ideología, por su madre abandonada y por sus hermanos, que no quieren vivir la fe.

A Ernesto le pesa enormemente la incredulidad de los suyos. Como en el caso de Péguy, su familia no puede aceptar su conversión. Su madre, no abandona su agnosticismo y no comprende la conversión de su hijo. Y él sufre también por sus hermanos: por Michel y Henriette, pero sobre todo por Corrie, su predilecta.

En marzo de 1913 viaja a Bélgica junto a su apenada madre. En el periplo, que incluye varias ciudades, conversa con ella como nunca antes. Quiere mostrarle la luz que acaba de descubrir. Y las conversaciones parecen dar frutos: *Creo que no hay que desesperar de ver volver un día al redil a esta alma de elección.*

En esos meses, los últimos de su vida, retoma el contacto con Juana Maritain, que también ha abrazado la fe. Ella, que en la primera juventud le ha negado su amor, expresa ahora un afecto que él encauza en el amor a Dios.

Pero todos sus deseos de ser sacerdote quedaron en nada.

LA GUERRA

Se desató la primera guerra mundial y tuvo que partir con su regimiento de artillería al frente. Dijo: Voy a la contienda como quien va a una cruzada, porque comprendo que se trata en esta ocasión de defender las dos grandes causas a las que he consagrado mi vida. El 20 de agosto nos dice: Mi mando, por modesto que sea, me proporciona las mayores satisfacciones, orgullosos de marchar contra el enemigo y muy decididos a conducirse como bravos ³². El 21 de agosto llegó la orden de marchar a Neufchateau (Bélgica) con la misión de atacar al enemigo dondequiera que se le encontrare. Los alemanes atacaron al regimiento de Psichari y de él no quedó casi nada, apenas un centenar de prisioneros.

SU MUERTE

Su compañero Galgani, siendo artillero del 2 de artillería colonial, recuerda sus últimos momentos, tal como le dijo a la hermana de su jefe.

³² Ib. pp. 249-250.

Los otros oficiales, no tenían ninguna semejanza con mi teniente. ¡Él solo alentaba el heroísmo! Lo veo aún, con su chaqueta abierta, y alrededor del cuello, la corbata azul de los soldados. Era el único oficial que llevaba la misma corbata que sus hombres. La mañana del 22 tenía la corbata deshecha. Me dije: “El teniente Psichari no vivirá”.

El 21 de agosto, el regimiento había pasado la noche en Thonne-la-Long, donde se nos distribuyó el correo. Mi teniente recibió una carta. Como estaba oscura la quinta, pasó sobre los que estaban acostados, para leer su carta a la luz de la luna... El 22 descendimos al valle, tomando el camino de San Vicente. A las siete de la mañana sentíamos ganas de comer, pero la orden de combate corrió de boca en boca. Montamos a caballo, y después de haber franqueado el puente de Breuvanne, nuestros grupos se aprestaron al encuentro. El capitán Cherrier, que manda el tercer grupo, ordenó preparar la batería; el tiro comienza y dura casi una hora y media en dirección Noroeste... De pronto, el capitán se torna al teniente Psichari y, lívido, nervioso, dícele en voz baja: “Estamos perdidos”.

Se nos hace reenganchar rápidamente y todo el regimiento se amontona sobre el lado derecho del camino, donde no tenía el menor abrigo. “Escondeos” —ordena el capitán Duhautoit— El teniente Psichari no oye nada: parte solo y vuelve una hora después. “Un voluntario” —gime al reunirse con su grupo—, Entonces me presento con una pieza completa, apuntador, tiradores: doce hombres en total. Nos dirigimos hacia el pueblo de Rossignol, donde el teniente eligió un sitio de emplazamiento para su batería...

Encarándonos, llega a toda velocidad una batería alemana; da sus órdenes y logra destrozarla... El capitán Cherrier vino entonces a unirse con él. Al tornarse Psichari para pedir al coronel la venia para hacer avanzar otras piezas, fue herido por primera vez... Mi teniente me dice entonces: “Os confío la piezas”. Pero en ese momento el apuntador es a su vez herido. Lo reemplazo... El teniente Psichari vuelve, tomando nuevamente su puesto de jefe de pieza... Pocos minutos después, la infantería alemana aparece a cincuenta metros de nosotros. “¡Poned la espoleta a cero!” —ruge el teniente, y apenas sale, el obús estalla. Eran las cuatro y media. A las cinco, los alemanes llegan al pueblecito... El teniente de Saint-Germain acude a decirle al teniente Psichari que, por orden del coronel, debe abandonar su pieza. Mi teniente le respondió, tornándose hacia mí: «¿Para qué ir a morir allá abajo? Quedémonos...

Venid, seguidme... Nos refugiamos en un pequeño jardín. No hacía un minuto que estábamos allí, cuando me preguntó: “¿Habéis desclavijado la pieza?”. “No” —le respondí—. Volvimos juntos y guardé la chaveta en mi bolsillo... Estábamos en el camino, completamente en descubierto cuando mi

teniente hizo un gesto con el brazo, como para indicarme que pasara pronto, que el lugar era peligroso... Le oí gemir, pero no pudo terminar; giró sobre sí mismo y cayó con los brazos en cruz... El teniente Psichari había recibido una bala en la sien. Era el 22 de agosto de 1914.

Con el teniente de Saint-Germain y algunos hombres que se hallaban allí, depositamos su cuerpo al borde del camino. Horas después Galgani fue hecho prisionero. Quedó cinco años en cautiverio e intentó evadirse siete veces, aunque siempre fue apresado. Me mandaron al calabozo —dice—. Tres días seguidos de oscuridad, de pan y agua. Al cuarto día abríase una ventana y me daban sopa... Durante trece meses se me hizo esto hasta que escupí sangre...

Pero durante cinco años, ya en el calabozo, ya en el campo o en el hospital, ni una noche me he dormido sin decir una oración por mi teniente.

A los treinta años, habiéndolo cumplido todo. Dios le llamó a la vida y a la gloria de los santos. Ernesto Psichari entró en ella, seguido de una heroica milicia de jóvenes mártires: la más bella cohorte que jamás haya conducido. Este héroe, grave y afectuoso, que vivió en la Luz deseada con dolor, siempre será recordado por nosotros con fraternal emoción ³³.

CONCLUSIÓN

Hemos observado en las paginas anteriores cómo Ernesto Psichari, el nieto del famoso Renán, el incrédulo y anticatólico, se había convertido después de una vida perdida entre campañas militares y desórdenes personales. Pero hemos visto también cómo Dios le seguía la pista y no lo abandonaba. En sus momentos más oscuros de pecado, cuando retiene a una jovencita mora consigo durante tres días y convive con ella, la misma Virgen María, bajo la apariencia de La Salette, tal como se había aparecido a los videntes Melania y Maximino, se le presenta. Algunos creen que fue una aparición externa, otros que solo fue una aparición interior en su mente, pero con mucha fuerza. Lo cierto es que él la sintió profundamente en su alma y en esos momentos, en que había despedido a la joven, sintió un remordimiento y un dolor tan fuerte en su alma que no se puede explicar si no hubiera sido real lo que él dice de la aparición de la Virgen, que lloraba, como en *La Salette*, por los pecados de los hombres y en concreto por sus propios pecados.

Y Psichari reconoció su pecado y decidió ser puro en adelante. Por supuesto que se dio cuenta de que él solo no podía y necesitaba la ayuda divina.

³³ Ib. pp. 260-263.